

Del “diálogo de saberes” a la construcción de modalidades de “colaboración intercultural”: Aprendizajes y articulaciones más allá de la Academia

por DANIEL MATO | UNTREF-CONICET | dmato@untref.edu.ar

Deseo comenzar por expresar mi agradecimiento a LASA, a Oxfam-América, y a las y los miembros del Jurado del Martin Diskin Memorial Lectureship Award por haberme otorgado esta distinción. También deseo agradecer a la colega Carmen Martínez-Novio por la generosidad de haber postulado mi candidatura.

Valoro este reconocimiento especialmente porque se otorga a colegas que a juicio del jurado han logrado articular fructíferamente su labor académica con formas de activismo social, y porque por esto contribuye a dar mayor visibilidad a algunas iniciativas en las que he venido trabajando junto con un buen número de colegas, compañeras y compañeros.

En concordancia con esto, quiero destacar que no recibo esta distinción a título individual, sino precisamente en nombre de ese buen número de colegas, compañeras y compañeros, con quienes a lo largo de los años he compartido sueños, luchas y esperanzas por hacer este mundo más justo, más alegremente vivible. Destaco esto no solo porque es lo que siento, sino también porque me parece importante resaltar un aspecto saliente del tipo de prácticas sociales que quienes compartimos esos sueños intentamos llevar adelante. Estas prácticas se caracterizan, entre otros aspectos, por la construcción de relaciones de colaboración y el establecimiento de compromisos mutuos duraderos. Nuestros logros son colectivos, como también lo son nuestras luchas y nuestras derrotas.

Al decir estas palabras, en este particular contexto, no puedo omitir destacar que me siento especialmente honrado por el hecho de que este reconocimiento esté asociado a la memoria del colega Martin Diskin. Pese a que no tuve el honor de conocer a Martin en persona, por lo que he leído y por lo que

algunos amigos que lo conocieron me han contado, entiendo que a lo largo de su vida se empeñó en articular sostenidamente su labor académica con su participación en diversas iniciativas por un mundo mejor y que esto lo llevó a participar de variadas maneras en múltiples luchas sociales. De esas fuentes, también concluyo que adaptó sus modos de acción a diversas coyunturas y contextos, y que participó en la construcción de alianzas y mecanismos de intervención concretos. Hago estos señalamientos particulares sobre la trayectoria de Martin porque se relacionan de manera directa con las reflexiones que ofreceré en las próximas páginas.

Por el mismo motivo, también me parece interesante comentar que he leído varias de las conferencias ofrecidas en otras ediciones de este premio y he observado que ofrecen provechosas reflexiones sobre las experiencias personales de sus autores en procura de articular la producción de conocimientos con sus intereses de intervención social. Es interesante notar que ellas no solo remiten a logros, sino también a búsquedas no siempre suficientemente exitosas, e incluso a derrotas. También ilustran acerca de la importancia de lograr que nuestras prácticas se articulen apropiadamente con las de otros actores sociales, en contextos y coyunturas concretas.

Estas reflexiones sobre la trayectoria intelectual de Martin y las lecturas de esas conferencias anteriores han reforzado mi convicción de que, para lograr incidir en procesos sociales, nuestra labor de investigación debe ir más allá de la producción y análisis de datos que podamos exponer a través de publicaciones académicas. Requiere que nuestros objetivos de investigación y modos de producción de conocimiento sean explícitamente concebidos con fines

de acción. Para lograr esto no basta leer, investigar y teorizar. Esas labores son necesarias pero no suficientes. Además demanda que esos objetivos y modos de producción de conocimiento los elaboremos en colaboración con otros con otros actores sociales, que logremos articular -de maneras concretas, no meramente retóricas- nuestras prácticas “adentro” y “afuera” de la academia. Para esto no hay “recetas” ni “metodologías”. Los caminos no están trazados, hay que construirlos. Esto demanda sensibilidad y creatividad, como también una cierta visión de mundo y valores para saber buscar, para no perderselos.

Búsquedas

En vista de los argumentos precedentes, pienso que antes de comentar acerca de las experiencias en las que participo actualmente, puede ser provechoso ofrecer unas breves reflexiones sobre etapas anteriores de mi experiencia personal, que pueden resultar ilustrativas de cómo algunas de nuestras búsquedas, con sus logros y derrotas, conducen a otras, o también cómo unas y otras van articulándose entre sí. Comparto estas reflexiones con la esperanza de que puedan interesar a colegas más jóvenes, quienes probablemente se encuentren comenzando a construir sus propios caminos.

“Búsqueda” es una palabra clave en nuestras vidas. Nos la pasamos “buscando”, buscando ser útiles, buscando justicia, buscando sentido. Según tiempos y contextos, estas búsquedas pueden llegar a ser afanosas, angustiantes, e incluso peligrosas. Cuando comenzamos nuestras vidas académicas solemos buscar inspiración en algunas figuras destacadas de nuestros campos de estudio. En ocasiones, nos cuesta sopesar las diferencias

entre contextos sociales y temporalidades históricas. Cuando lo logramos, de todos modos solemos no ser conscientes de que los logros de esos personajes que admiramos muchas veces han estado precedidos de fracasos. Seguramente, coincidiremos en que es importante aprender de cada una de nuestras experiencias; de los logros, pero muy especialmente de las críticas y fracasos.

En lo que a mí respecta, hoy me siento bastante satisfecho con la labor que junto con más de un centenar de colegas venimos realizando en el campo que solemos nombrar como “Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes”, sobre lo cual en un momento comentaré más extensamente. Pero, antes de involucrarme en este proyecto colectivo, pasé por otras búsquedas. No todas ellas fueron exitosas.

Mi búsqueda de articulación entre el trabajo académico y el activismo socio-político no comenzó desde la academia, sino desde el activismo. Diría que todo comenzó en 1966, cuando vivía en Buenos Aires, acababa de cumplir 16 años y estaba en la escuela secundaria. Si bien reconozco que en años anteriores había leído alguna bibliografía académica, como *Tipos humanos* de Raymond Firth, y *Teoría del desarrollo capitalista*, de Paul Sweezy, no pienso que el solo hecho de realizar algunas lecturas pueda computarse como una práctica académica. El caso es que en junio de 1966 un golpe de estado cívico-militar derrocó al gobierno democráticamente electo del presidente Arturo Illia, e instauró una dictadura conservadora y represiva que se mantuvo en el poder hasta 1973. Fueron años de lucha y represión a sectores populares y también al movimiento estudiantil.

En ese marco, junto con Sergio, compañero de estudios y mi gran amigo de la adolescencia, creamos lo que grandilocuentemente llamamos el Frente Anti-imperialista de Estudiantes Secundarios, FAES. Sonaba bien. Éramos solo dos, pero lo llamamos Frente. En el momento de apogeo de este “Frente” llegamos a ser cinco, nunca más. Llamarlo “anti-imperialista” resultó de la disposición a negociar diferencias para poder actuar juntos; Sergio se consideraba “peronista” y yo “socialista”.

Esa experiencia fue muy significativa para mí. Porque durante más de dos años participamos en un grupo de estudio coordinado por su padre, Rodolfo Puiggróss, un reconocido intelectual-político argentino. A través de Rodolfo conocimos y tratábamos regularmente con otros referentes político-intelectuales de la época. Casi todos ellos formaban parte de lo que por entonces en Argentina solía caracterizarse como “izquierda nacional” o también “peronismo de izquierda”. Para todos ellos la vinculación del trabajo académico con el activismo político-social era algo “natural”. No había otra forma de ser intelectual. Más allá de diferencias ideológicas, de ellos aprendí a buscar que mi trabajo intelectual tuviera sentido social y político. Así, en 1968, casi dos años antes de ingresar a la universidad, escribí el que podría considerar mi primer trabajo de investigación. Fue sobre las condiciones de vida de los mineros chilenos en las minas de carbón de Río Turbio, en la Patagonia argentina. No fue una acción previamente planeada de mi parte, sino resultado de la indignación que me produjo ver que estos mineros debían soportar condiciones aún más duras que sus compañeros argentinos. El texto, breve, se basó en unas cuantas entrevistas y en unos pocos días de lo que con el tiempo “descubrí” que se llamaba observación en campo; aunque,

la que realicé fue muy breve y meramente intuitiva. Envié ese texto a la revista *Punto final*, publicada por sectores de la izquierda chilena. Nunca supe si esta revista lo publicó, intuyo que no, seguramente estaba muy mal escrito. Ignoro si con mi artículo logré algún resultado, pero aprendí. Sin habérmelo propuesto, por pura indignación, di el paso de averiguar y comunicar. Además, sentí con satisfacción que mi sensibilidad ante la injusticia no se dejaba maniatar por falsos nacionalismos, de hecho firmé el artículo con el seudónimo “Homo Latinoamericanus”. Me gustó sentir eso, para lo que mis padres me habían educado.

En 1969, en lugar de ingresar a la universidad, viajé como mochilero por toda América Latina. En realidad, el viaje comenzó en diciembre de 1968 yendo hacia el sur, a Tierra del Fuego, y desde allí fui “subiendo” hacia México. A lo largo de ese año, junto con mi compañera de esa época, además de recorrer territorios hermosos y de visitar numerosos museos y sitios arqueológicos, compartimos la vida cotidiana de comunidades campesinas, indígenas, mineras, de pescadores, y urbanas, en varios países. También tuvimos oportunidad de conversar con personas notables, como algunos dirigentes de comunidades indígenas, sacerdotes tercermundistas, y activistas campesinos y sindicales que conocimos ocasionalmente en varios países. El más memorable de esos encuentros ocurrió muy pronto, a fines de 1968. Fue en el Parque Nacional Torres del Paine, en el extremo sur de Chile, originalmente territorio del pueblo aonikenk/tehuelche. Un mediodía, tras varias horas a la vera de la solitaria carretera principal, entonces de tierra, esperando que pasara algún vehículo al cual pedirle un “aventón”, se detuvo una *pick up* de color rojo. En la cabina viajaban tres hombres. Nos hicieron señas de que

nos montáramos atrás, en la caja, y así lo hicimos. Al llegar a un cruce de caminos el vehículo se detuvo, los tres hombres salieron de la cabina y nos invitaron a descender. Porque, según nos explicaron, allí debían apartarse del camino principal para ir a reunirse con unos peones. Descendimos. Cada uno de estos hombres fue extendiendo su mano para presentarse. El tercero de ellos, mirándome a los ojos, dijo: “Salvador Allende, candidato a Senador por la provincia de Magallanes, futuro presidente de Chile”. ... Me avergüenza tener que confesar que de manera un tanto desafiante le pregunté “¿Por elecciones?”, a lo que respondió “Sí, por elecciones”. ... En 1970 le escribí una carta para felicitarlo y disculparme. Nunca supe si la recibió. En cualquier caso, con el tiempo, ese breve intercambio me dio una lección de perseverante construcción “desde abajo” que nunca olvidé. También, y muy especialmente, me enseñó a desconfiar de mis certezas, a estar abierto a otros puntos de vista.

Ese largo viaje fue una experiencia muy importante de sensibilización y aprendizajes. Nos enseñó a compartir e intercambiar con personas de grupos sociales muy diversos, así como a consolidar una sensibilidad y visión abarcadoramente latinoamericana. A propósito del lema del congreso de LASA de este año y de las iniciativas en las que participo actualmente, diría que ese viaje me brindó una formación intensiva en eso que se suele nombrar como “diálogo de saberes”, y que yo prefiero llamar “diálogo intercultural”. Porque, “los saberes” no dialogan. Quienes dialogan son las personas, y para el caso lo hacen en tanto portadoras y/o productoras de “saberes particulares”, y lo hacen en el marco de ciertas relaciones, en contextos específicos, que la reductora referencia a “saberes” opaca. Prefiero la expresión

“diálogo intercultural”, o bien “relaciones interculturales”, porque esos “saberes” corresponden a actores productores/ portadores de “culturas” diferentes entre sí. Según los casos, las diferencias entre esas “culturas” pueden estar asociadas a diversos tipos de referentes: étnicos, territoriales, ideológicos, profesionales, ocupacionales, institucionales, de género, de clase, de generación, u otros que resultan significativos según los encuentros e intercambios en cuestión. No hay tiempo ahora para ahondar en estas ideas y perspectiva de análisis; junto con dos colegas hemos expuesto al respecto en un libro disponible gratuitamente en Internet, el cual resultó de una investigación que realizamos hace unos años en un barrio popular de la ciudad de Caracas.¹

Volviendo al viaje a México de 1968, quisiera comentar que su realización se debió en parte a mis planes de estudiar Antropología; pero impresionado por las desigualdades sociales --que para la época interpreté desde mi rudimentaria formación marxista-- a mi regreso comencé a estudiar Economía Política, en la Universidad de Buenos Aires. Eso fue en 1970, cuando esta universidad aún estaba intervenida y era gobernada por las autoridades designadas por la dictadura instaurada mediante el golpe de estado de junio de 1966. Al año siguiente las autoridades de la Facultad impusieron un nuevo plan de estudios, por lo cual, tras una lucha que acabó en derrota, muy a mi pesar acabé graduándome de Licenciado en Economía; así, a secas, sin lo de “Política”. En esos años, buena parte de mi formación académica, como la de buena parte de mis colegas de entonces, tuvo lugar en grupos de estudio que se reunían clandestinamente y que eran coordinados por intelectuales cuyas prácticas articulaban intereses académicos y socio-políticos. Estos grupos de estudio constituyeron significativos

espacios para el desarrollo de ciertas sensibilidades y valores respecto de la articulación entre formación académica y prácticas socio-políticas.

En los años siguientes participé de distintas experiencias de activismo socio-político, incluyendo algunas que, inspirados en Gramsci y Freire, entendíamos como Educación Popular. Como aún vivíamos en el contexto de la mencionada dictadura, estas experiencias también se desarrollaban de manera clandestina. Algunas de ellas fueron con comunidades del pueblo indígena Qom, en la provincia del Chaco, y otras con organizaciones populares y sindicatos obreros, en las provincias de Buenos Aires y Córdoba. En los últimos años de ese período, mi práctica extra-universitaria se alimentó especialmente de una investigación sobre inversiones extranjeras que realicé en colaboración con una compañera de estudios y militancia. Nuestra investigación comenzó circulando en copias multigráficas y finalmente fue publicada como libro. Esto último ocurrió en 1974, ya finalizada la dictadura, durante la muy breve “primavera” democrática del presidente Héctor Cámpora. No obstante, este nuevo clima político-social no bastó para que mi coautora decidiera revelar su verdadero nombre en la publicación, que decidió firmar con el seudónimo “Marta Colman”.

No es esta la ocasión para analizar las experiencias de articulación entre prácticas académicas y prácticas abiertamente socio-políticas que junto con un buen número de compañeras y compañeros desarrollábamos por aquel entonces, pero puede ser útil comentar brevemente acerca del modo de relacionarnos con esos “otros” sectores sociales. Si bien nuestra relación con estos grupos sociales aún estaba marcada por el hecho de que --como había sido usual en décadas anteriores--

sentíamos poseedores de conocimientos especializados, también es cierto que estábamos explícitamente interesados en aprender de esos otros actores. De hecho, nuestras reuniones tenían un fuerte carácter dialógico. Por ejemplo, compartíamos datos sobre los modos de operación económico-tecnológica de las corporaciones transnacionales, pero a la vez escuchábamos y procurábamos aprender acerca de los modos de trabajo concretos en las plantas industriales, así como las formas de organización y lucha de los sindicatos. No obstante, estos intercambios puntuales no daban lugar a lo que hoy en día entendemos como investigaciones en colaboración.

Tanto por conversaciones de aquel entonces como por otras posteriores, estoy seguro que no éramos los únicos que hacíamos esto; que, por esos años, otros grupos de compañeros en Argentina, así como en otros países latinoamericanos, también trabajaban de esa manera. Desde luego, como sabemos, también existían otros grupos que actuaban como vanguardias “iluminadas”. Pero en todo caso, interesa tomar nota de que también existían estos tipos de experiencias dialógicas y de colaboración entre activistas de diversos sectores sociales, incluyendo a sectores universitarios. Conviene no perder de vista estos detalles, porque ofrecen pistas acerca de que las concepciones dialógicas no comenzaron de un día para el otro, ni se “inventaron” en las aulas y gabinetes universitarios. Con base en esas experiencias, pienso que las orientaciones dialógicas y colaborativas se fueron construyendo poco a poco y “desde abajo”, a partir de las prácticas compartidas entre activistas sociales diversos, incluidos quienes proveníamos de las universidades. Al fin y al cabo, éramos todos compañeros, compartíamos fines y luchas, aspirábamos a vivir en sociedades más justas.

El caso es que, lejos de lograr construir sociedades más justas, aquellas experiencias de activismo socio-político en las que venía participando pronto fueron objeto de violentas prácticas represivas. En este marco, tras varias detenciones policiales breves y un allanamiento a mi casa, en 1974 fui amenazado de muerte por la autodenominada Alianza Anticomunista Argentina, la tristemente famosa “Triple A”. Entonces, como muchos otros, debí exiliarme; en mi caso esto ocurrió en julio de 1975, cuando partí a Venezuela.

Hay muchas formas de vivir y procesar el exilio. En mi caso, mi ya mencionada sensibilidad abarcadoramente latinoamericana, la lectura del poema de Bertolt Brecht “Meditaciones sobre la duración del exilio”², y el cariño de mucha gente de mi nuevo país, me llevaron a echar raíces en Venezuela. El exilio es una experiencia dolorosa, eso es inevitable, pero también nos estimula a reflexionar; además, los estímulos y demandas del nuevo contexto nos dan oportunidades para reinventarnos. En mi caso, ya que –aunque fuera a mi pesar– me había graduado en Economía, al comienzo trabajé en el Banco Central y en el Ministerio de Planificación de Venezuela. En enero de 1979 ingresé a la Universidad Central de Venezuela como profesor a tiempo completo de Economía Internacional. Este nuevo trabajo me dio tiempo para emprender un plan de lecturas en epistemología y campos afines, lo cual incentivó aún más mi visión crítica de los diversos economicismos. En 1980 comencé a cursar el Doctorado en Ciencias Sociales en esa misma universidad. Así surgió la oportunidad de comenzar a formarme en epistemología, antropología y sociología.

Por otra parte, también en 1979, comencé a participar en un grupo de teatro y danza experimental, lo que me llevó a comenzar a leer algunos textos de Augusto Boal,

Eugenio Barba, Herbert Read, Patricia Stokoe, Mario Lodi y otros integrantes del “Movimento di Cooperazione Educativa”, entre otros, que resultaron inspiradores para repensar las experiencias de educación popular en que había participado en Argentina años atrás, e imaginar nuevas formas de intervención social. Estas nuevas experiencias y lecturas condujeron a que en 1983 comenzara a desarrollar una práctica como narrador de historias en espacios públicos y en barrios populares de Caracas. Esta labor inmediatamente tuvo cierto impacto mediático y pronto me llevó a teatros y ocasionalmente también a televisión. Esto último resultó especialmente importante porque me abrió las puertas en muchas comunidades populares urbanas y rurales de Venezuela. Este conjunto de nuevas experiencias y las relaciones que me facilitó con diversos grupos de “cultura popular” y de “animación socio-cultural” me abrieron nuevas posibilidades de articular mi práctica “adentro” y “afuera” del ámbito académico.

Así, acabé dedicando la investigación en campo de mi tesis doctoral a estudiar las prácticas de 65 narradores en once estados de Venezuela. La mayoría de ellos eran campesinos, pescadores, artesanos, varios de pueblos indígenas y afrodescendientes, algunos formaban parte de lo que suele llamarse sectores populares urbanos. Mi investigación fue marcadamente dialógica y otorgó especial valor a las conceptualizaciones de los narradores populares con quienes trabajé. De hecho, eran mis colegas narradores y como tales nos tratábamos. Fueron cuatro años de investigación en campo, en los que aprendí mucho como narrador y como investigador. Por la importancia que actualmente tiene para mi labor en el campo de educación superior y pueblos indígenas y afrodescendientes, me parece interesante

destacar que aprendí en la práctica sobre diferencias, tensiones y relaciones entre oralidad y escritura, como también sobre modalidades de aprendizaje situado y en la práctica. También aprendí a escuchar y a tratar de co-construir formas concretas de trabajo en colaboración, con personas y organizaciones que formaban parte de espacios socio-culturales muy diferentes del académico, y frecuentemente también del urbano. Esta investigación también me llevó a cuestionar una categoría académica fuertemente instalada, la de “literatura oral” y los métodos de investigación asociados a ella, así como a elaborar teoría a partir de la práctica. Durante ese tiempo y también en años posteriores, mi práctica más explícitamente socio-política se desarrolló en barrios populares de la ciudad de Caracas y en algunas comunidades indígenas. Esto también me llevó a dar talleres de formación y de aplicaciones educativas y sociales de este arte en Venezuela, Argentina y Bolivia, en este último caso para numerosos educadores bilingües.

Llegados a este punto, resulta provechoso comentar que esa línea de investigación y las prácticas de animación socio-cultural que desarrollé durante esos años respondían a un propósito de intervención social. Este era el de incidir en los procesos de producción de identidades colectivas, tanto en espacios locales, como en el nacional, un objetivo que posteriormente concluí que era demasiado ambicioso. A esto respondía el énfasis en la selección de ciertos tipos de relatos, como también en las maneras de narrar y promover intercambios de interpretaciones e historias con y entre el “público”, así como en el estímulo a las personas de esos “públicos” a averiguar sobre la historia de las comunidades de las que formaban parte.

Con el tiempo sentí que, para la energía que ponía en todo esto, los resultados eran magros, al menos respecto de mi ambicioso propósito de intervenir en los procesos de producción de identidades colectivas. Evidentemente, no había dimensionado bien lo colosal de aquel objetivo. Concluí que mi búsqueda era bastante ingenua. También descubrí que necesitaba saber más sobre producción social de identidades. Mi trabajo comenzó a orientarse por esta nueva búsqueda. En esas circunstancias, un antropólogo “gringo” que estaba haciendo investigación de campo en Venezuela (David Guss, hoy un querido amigo) me estimuló a concursar por una beca Fulbright. Para hacer la historia corta, esto derivó en mi primera residencia de investigación en Estados Unidos, fueron seis meses entre 1991 y 1992, en el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley.

Lo interesante de esa primera experiencia en Estados Unidos es que me expuso a diferencias culturales muy distintas de aquellas que había experimentado anteriormente. Estas no solo estaban asociadas –como puede considerarse obvio– a referentes lingüísticos y de modos de vida, sino, y relevante para esta exposición, a culturas “institucionales” y “académicas” especialmente distintas de sus equivalentes en Venezuela y Argentina. Estas diferencias resultan familiares a las y los colegas de LASA, pero no por ello cabe pasarlas por alto, especialmente porque ahora que esta conferencia se publica este texto puede ser leído en otros ámbitos, pero además, porque incluso en el contexto de LASA no siempre son objeto de reflexión. Como quiera que sea, poco después precisamente vino mi primer congreso de LASA, y luego, con otras becas, casi tres años de residencias de investigación entre la Smithsonian Institution y la Universidad de Texas-Austin. El caso es que por entonces

comencé a experimentar con sorpresa que en ese país mi trabajo era etiquetado como “Latin American Cultural Studies”. Junto con esto resultaba que era incluido en un campo y en una genealogía que yo no conocía y que además me resultaba inapropiada, como posteriormente expuse en algunas publicaciones en las que analicé diferencias y articulaciones entre lo que en el mundo de habla inglesa venía llamándose “Cultural Studies” y lo que yo pensé que era más apropiado llamar “prácticas intelectuales en cultura y poder”.³ Inmediatamente después vino un semestre enseñando en Columbia, y posteriormente otros en varias universidades de ese país. Mientras tanto, siguieron otros congresos de LASA, y la experiencia de impulsar la creación de su Sección “Culture, Politics and Power”. No hay tiempo para ahondar en esto, buena parte de quienes participan en los congresos de LASA saben por experiencia propia acerca de la importancia de las diferencias “culturales” que todo esto involucra. Lo importante para esta línea de argumentación es que ellas demandaron (no solo a mí, sino a todos sus miembros) aprendizajes interculturales, entre otros a “construir relaciones de colaboración intercultural”. En los mismos años en que impulsé la creación de la mencionada Sección de LASA, también promoví la creación de el Grupo de Trabajo “Cultura y Poder” de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). También en este caso, a todas/os sus participantes nos demandó construir formas de colaboración intercultural. Porque como sabemos América Latina no es homogénea, ni lo es el conjunto de sus universidades. De todas estas experiencias aprendí que las universidades no solo son muy diversas entre sí, sino que cada una lo es a su interior. Son heterogéneas, no solo porque incluyen diversas facultades, departamentos y carreras, sino también porque en ellas

conviven, contienen y negocian diversos actores, que tienen distintas visiones y proyectos, como ocurre en cualquier institución compleja; lo cual desde luego también aplica a organizaciones como LASA, CLACSO, y otras semejantes. Poco a poco aprendí a valorar estas diferencias para poder construir relaciones duraderas de colaboración que resulten mutuamente provechosas. En ocasiones no fue tan sencillo, inevitablemente hay mucho de ensayo y error en todo esto.

Como comenté al principio de esta exposición, pienso que es muy importante aprender de los errores. Estoy seguro que he cometido muchos, pero hay uno que me resulta particularmente inolvidable, especialmente porque me ha resultado muy útil para repensar mi práctica. Sucedió cuando estaba almorzando con mi amigo Mario Bustos, comunicador afro-quichua, que para la época era el Coordinador de Comunicaciones de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, la famosa CONAIE. Tras una reunión en esa organización, Mario y yo nos fuimos a almorzar a un comedero popular cercano. Compartimos un sabroso almuerzo, conversamos larga y animadamente, y cuando ya estábamos por despedirnos, se me ocurrió preguntarle: “Dime, además de escribiendo ¿como más podría colaborar con ustedes?”. A lo que Mario con cariño de amigo, profundidad de sabio y fina ironía, respondió: “Nosotros no estamos acá para resolver las angustias del hombre blanco”.

Aún hoy, unos 15 años después de aquel almuerzo, esas palabras de Mario resuenan en mí casi que a diario: ¿Porqué y para qué estoy –o, para el caso, estamos– interesados en eso que llaman “diálogo de saberes” y que yo prefiero encarar como “colaboración intercultural”? Suponiendo que esto no sea con fines de dominación

–como algunas prácticas profesionales procuran– aún tenemos que formularnos otras preguntas: ¿Será para “salvarlos” a ellos? ¿O es para “salvarnos” a nosotros mismos? ¿O tal vez para “salvarnos” todos juntos? ¿Qué es lo que nos lleva a buscar este tipo de caminos?

Seguramente cada una y cada uno de ustedes habrá de tener sus propias respuestas. La mía es que no tolero vivir en un mundo racista y plagado de injusticias. No tolero formar parte de sociedades así. Me solivianta. No tolero formar parte de universidades y comunidades académicas racistas, monoculturales y, por tanto, también, profundamente ignorantes y bastante inútiles en lo que hace a su capacidad de aportar a las sociedades de las que formamos parte. El problema no es de “ellos”, el problema es mío y me toca actuar para resolverlo. Entonces, vienen otras preguntas ¿Cómo construir experiencias de colaboración intercultural que resulten mutuamente provechosas y sean duraderas? ¿Cómo lidiar con las diferencias culturales y las relaciones de poder propias de los contextos sociales en que desarrollamos estas experiencias?

No tuve el placer de conocer a Martin (Diskin), pero durante aquel viaje mochilero que realicé en 1969 recuerdo que conocí muchos jóvenes “gringos” que habían abandonado los Estados Unidos, porque estaban dolidos e indignados con la invasión a Vietnam. También recuerdo que en 2002, cuando estaba dando clases en NYU (New York University), ante los bombardeos estadounidenses en Afganistán y la inminencia de la invasión de Irak, muchos de mis colegas y estudiantes clamaban por las calles: “*Not in our name!*”. Así mismo, tengo presentes las protestas actuales de innumerables estadounidenses “de todos los colores” clamando “*Black lives matter!*”, como

también las de incontables estadounidenses y europeos a favor de los derechos de los migrantes.

Esos y otros tipos de acciones colectivas en espacios públicos son muy importantes pero..., dado que la mayoría de nosotros formamos parte de universidades, corresponde preguntarnos: ¿Qué están haciendo las universidades contemporáneas para acabar con el racismo y la xenofobia? ¿Qué y cómo podemos hacer quienes trabajamos en las universidades para transformar a estas instituciones? ¿Cómo podemos hacer para que no continúen siendo monoculturales y así inevitablemente reproductoras de una educación epistemológicamente racista? ¿Qué en concreto podemos hacer para descolonizar e interculturalizar la Educación Superior, en la cual se forman buena parte de las capas dirigentes y formadoras de opinión de nuestras sociedades? ¿Cómo aprovechar heterogeneidades significativas al interior de universidades predominantemente monoculturales de modo de poder promover políticas de interculturización? ¿Cómo avanzar del llamado “diálogo de saberes” a la “construcción de modalidades duraderas y mutuamente provechosas de colaboración intercultural”?

Respecto de estas preguntas tenemos mucho para aprender de lo que desde hace ya varias décadas vienen haciendo intelectuales indígenas y afrodescendientes de toda América, como también de otras regiones del mundo.⁴ No obstante, dada la escasez de tiempo, me limitaré a comentar acerca de lo que junto con muchos de ellos venimos haciendo en varios países de América Latina.

Educación superior y pueblos indígenas y Afrodescendientes en América Latina

En las últimas tres décadas, las luchas e iniciativas de los pueblos indígenas y afrodescendientes en varios países latinoamericanos han dado lugar a la creación de universidades y otros tipos de instituciones de educación superior que de un modo u otro responden a sus propuestas y demandas. Algunas de ellas han sido establecidas y son gestionadas por intelectuales y/u organizaciones de estos pueblos. Otras han sido creadas por gobiernos nacionales o provinciales en respuesta a demandas y propuestas de estos pueblos, aunque generalmente con poco apego a las mismas. También como resultado de esas luchas, diversos tipos de programas especiales han sido instituidos. En algunos casos esto se ha logrado mediante convenios de co-ejecución entre organizaciones indígenas y universidades “convencionales”. En otros, ha sido desde unidades académicas al interior de estas últimas, o bien bajo la forma de programas de cupos especiales, becas, y/o apoyo académico y psicosocial. Esta amplia diversidad de iniciativas constituye un campo muy heterogéneo, tanto respecto de los objetivos perseguidos, como de las modalidades de trabajo y de sus relaciones con comunidades, miembros y organizaciones de dichos pueblos, así como de los formatos institucionales que adoptan, entre otras dimensiones relevantes.

Independientemente de esas diferencias, una característica saliente de la mayoría de estas experiencias es que constituyen espacios sociales en los que se desarrollan diversos tipos de modalidades de colaboración entre universidades o miembros de los mismas y comunidades, miembros y/u organizaciones de pueblos indígenas y afrodescendientes.

Usualmente, estas múltiples “modalidades de colaboración intercultural” procuran articular objetivos de mejoramiento de la calidad de vida de estos pueblos con la generación de conocimientos y la formación de profesionales y técnicos. Algunas de estas experiencias han logrado desarrollar modalidades de colaboración intercultural, duraderas y mutuamente provechosas. Otras están construyéndolas. Otras continúan intentándolo. En tanto otras no pasan de invocar la inspiradora expresión “diálogo de saberes”, pero sin lograr los avances esperados. Estas experiencias involucran relaciones de carácter intercultural que resultan innovadoras respecto de las históricamente vigentes en el mundo de la Educación Superior “convencional”. No obstante, como cualquier otra su desarrollo está signado por diferencias de intereses y visiones de mundo, así como por asimetrías de poder.

Pero, además lo está por resistencias y conflictos que se expresan en diversos ámbitos y entre variados actores sociales, incluso más allá de las de los directamente relacionados. Algunos de esos otros actores son, por ejemplo, las agencias gubernamentales encargadas de formular políticas universitarias y de educación superior, como también las agencias que se encargan de la evaluación y acreditación de universidades y otras instituciones de educación superior, y también las dedicadas a políticas de ciencia y tecnología. Es un campo muy complejo.

Actualmente existen unos dos centenares de experiencias de estos tipos, de las cuales hemos logrado documentar y analizar – con variada profundidad– casi la mitad de ellas. Digo “hemos”, porque esta afirmación, como las anteriores, se basa en una serie de estudios que desde 2007 venimos realizando en colaboración con

más de un centenar de colegas de doce países latinoamericanos, buena parte de los cuales son profesionales indígenas y afrodescendientes. Esto fue posible gracias al sucesivo apoyo de varias instituciones, porque –como afirmaba anteriormente– las instituciones complejas son heterogéneas y en ellas conviven, contienden y negocian actores con visiones y proyectos diversos. Esto abre espacios en los que se puede trabajar.

El primero de estos apoyos lo brindó el Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (UNESCO-IESALC), que en 2007 me encargó crear un equipo de trabajo para iniciar un proyecto de investigación sobre el tema, de alcance latinoamericano.⁵ Esta solicitud respondía al propósito de presentar resultados y recomendaciones ante la Conferencia Regional de Educación Superior (CRES) que se realizaría el año siguiente.⁶ Ese estudio dio lugar a la publicación de un primer libro colectivo, documentando casi cuarenta experiencias en la materia; al que siguieron otros tres que analizaron otras experiencias y también las brechas entre normas, políticas y prácticas en la materia. Con el apoyo de ese organismo y sucesivos financiamientos de la cooperación española y la Fundación Ford, también realizamos dos cursos basados en Internet, creamos un Observatorio y realizamos dos reuniones internacionales. En 2012, este proyecto iniciado en el marco del IESALC quedó sin fondos para operar.

No obstante, para entonces ya se había consolidado una red de trabajo de casi 70 colegas que continuamos colaborando y en 2014 logramos establecer una renovada versión de aquel proyecto en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), en Buenos Aires.⁷ Desde este nuevo marco institucional, ya hemos realizado tres

coloquios latinoamericanos en la materia, publicado sendos libros colectivos, producido una serie de videos que han sido subidos a YouTube y registran muy buenos índices de visualización. Adicionalmente, hemos constituido la Red Interuniversitaria Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina (Red ESIAL). Todo esto ha sido posible no solo por el compromiso de todos los colegas participantes, sino también por el apoyo base de la UNTREF, al que suman el respaldo institucional del IESALC y los de las más de 40 universidades y otras instituciones de Educación Superior de diez países latinoamericanos que actualmente forman parte de la Red ESIAL.⁸

En todos los casos, quienes han participado en estos dos proyectos colectivos están directamente involucrados en las experiencias objeto de sus estudios y –como mencioné anteriormente– buena parte de ellos son miembros de pueblos y organizaciones indígenas o afrodescendientes. Dos son los principales intereses compartidos que dan vida a esta red inter-personal e inter-institucional de colaboración:

(1) Contribuir de manera concreta a hacer efectivos los derechos de los pueblos indígenas y afrodescendientes establecidos en las constituciones nacionales y leyes de los países de las universidades participantes, así como en el Convenio Nro. 169 de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), la Declaración Universal sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, la Convención Internacional sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales, la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de las Personas Pertenecientes a Minorías Étnicas, Religiosas y Lingüísticas, entre otros instrumentos internacionales.

(2) Construir mecanismos concretos de cooperación entre universidades y otros tipos de instituciones de educación superior (IES) que valoran los conocimientos, idiomas, historias, y proyectos de futuro de pueblos indígenas y afrodescendientes, y que desarrollan actividades en colaboración con sus miembros, comunidades u organizaciones. Esto incluye, tanto a universidades y otras IES creadas y gestionadas por organizaciones indígenas o afrodescendientes, como a universidades interculturales y comunitarias, y también a centros, institutos, programas, u otras unidades particulares de universidades “convencionales”.

Resulta interesante tener en cuenta que a partir del trabajo del mencionado Proyecto de UNESCO-IESALC se logró incluir dos acápite en la Declaración Final de la Conferencia Regional de Educación Superior (CRES), realizada en Cartagena de Indias en junio de 2008. Uno de estos acápite es el C-3 que establece que “se deben promover la diversidad cultural y la interculturalidad en condiciones equitativas y mutuamente respetuosas. El reto no es sólo incluir a indígenas, afrodescendientes y otras personas culturalmente diferenciadas en las instituciones tal cual existen en la actualidad, sino transformar a éstas para que sean más pertinentes con la diversidad cultural. Es necesario incorporar el diálogo de saberes y el reconocimiento de la diversidad de valores y modos de aprendizaje como elementos centrales de las políticas, planes y programas del sector”. El otro es el D-4 que dispone: “La Educación Superior, en todos los ámbitos de su quehacer, debe reafirmar y fortalecer el carácter pluricultural, multiétnico y multilingüe de nuestros países y de nuestra región”.

Lo importante del caso es que desde 2008 estas dos recomendaciones vienen

siendo crecientemente invocadas –por comunidades y organizaciones indígenas y afro-descendientes y por sectores universitarios– para lograr avances en políticas públicas en la materia y en las prácticas de las universidades. También han servido de base para lanzar la “Iniciativa Latinoamericana por la Diversidad Cultural y la Interculturalidad con Equidad en Educación Superior”. En junio de 2012, el texto de esta Iniciativa fue incorporado en la “Declaración de Panamá sobre la Educación en la Sociedad del Conocimiento”, suscrita por los Presidentes de las Comisiones de Educación o equivalentes de los Parlamentos miembros del Parlamento Latinoamericano (Parlatino) y sus Parlamentarios miembros de la Comisión de Educación, Cultura, Ciencia, Tecnología y Comunicación.

Bien sabemos que de las declaraciones a los hechos hay mucho trecho. Pero también sabemos que ese trecho depende en parte de nuestras propias prácticas y el caso es que recientemente también hemos logrado que uno de los siete ejes en que está estructurada la próxima Conferencia Regional de Educación Superior (CRES), a realizarse en Córdoba, Argentina en 2018, sea “Educación Superior, Diversidad Cultural e Interculturalidad”, en el entendido que este debe generar conocimientos y recomendaciones para hacer realidad la ya mencionada recomendación C3 de la CRES 2008. Conviene tener presente que las Conferencias Regionales de Educación Superior se realizan cada diez años, y que en ellas participan las autoridades de la mayoría de las universidades públicas latinoamericanas, así como de numerosas universidades privadas. También participan los titulares de organismos gubernamentales dedicados a Educación Superior, organizaciones gremiales de docentes universitarios, y federaciones

estudiantiles. La CRES de 2008 contó con 3.500 participantes de estos tipos. Las recomendaciones de estas conferencias pautan un marco ético político para el sector durante toda una década. Además, son llevadas a la Conferencia Mundial de Educación Superior que se realiza al año siguiente.

Del “diálogo de saberes” a la “construcción de modalidades de colaboración intercultural, duraderas y mutuamente provechosas”

Ahora bien, siendo tan complejo el panorama, no es difícil imaginar la multiplicidad de “modalidades de colaboración intercultural” en las que participamos. Puesto que, debo enfatizar, no se trata simplemente de “dialogar”, sino que se trata de hacer, de hacer juntos.

Aún con todas las dificultades imaginables, dialogar no es el mayor reto. Es solo un primer paso. De lo que se trata es de hacer juntos; y para esto hay que comenzar por reconocer que esto involucra personas e instituciones, no simplemente “saberes”. Los “saberes” por sí mismos no dialogan. Por esto, para reflexionar sobre la experiencia de nuestra Red, de nuestras experiencias personales, la expresión “modalidades concretas de colaboración intercultural”, resulta más apropiada que la metáfora “diálogo de saberes”.⁹

Dicho esto, en vista de las diversidades que podemos observar al interior de nuestra Red, cabe afirmar que ella surge y se sostiene gracias a “modalidades concretas de colaboración intercultural”. Pero no solo eso, sino que además impulsamos –y participamos en– la “construcción de modalidades concretas de colaboración intercultural” al interior de las universidades y otras instituciones

que forman parte de la Red. También lo hacemos en las relaciones entre esas instituciones y las comunidades y organizaciones de pueblos indígenas y afrodescendientes. Todavía más, es precisamente la “construcción de modalidades concretas de colaboración intercultural” lo que nos ha venido permitiendo incidir de la manera en que venimos haciéndolo para lograr algunos pequeños cambios en la formulación de principios rectores, políticas y prácticas de Educación Superior. Todo esto requiere trabajar en el marco de un complejo entramado de relaciones entre instituciones muy diversas, en los que participan personas de diferentes formaciones profesionales y orientaciones ideológicas, que desarrollan sus prácticas profesionales en el marco de “culturas institucionales” muy diversas. Más aún, todo esto ocurre en países con historias muy complicadas respecto de pueblos indígenas y afrodescendientes.

Se trata de una lucha que se da en muchos frentes simultáneamente. Lidiamos con varios siglos de racismo y mentalidades coloniales. Eso es lo que tratamos de revertir, y lo hacemos de maneras académicamente informadas, pero a la vez con sentido práctico. Esto demanda el desarrollo de acciones tanto “por abajo”, como “por arriba”, así como “dentro” y “fuera” de “la academia”. Es decir, tanto en actividades concretas de docencia, investigación y vinculación social, como en espacios institucionales de formulación de políticas, gestión y toma de decisiones, y también en actividades conjuntas con comunidades y organizaciones indígenas y afrodescendientes. No aspiramos a deslumbrar a nadie con nuestros discursos, ni buscamos formular teorías con vocabularios distintivos, sino que trabajamos en colaboración para lograr cambios concretos en las normas, en las

políticas y en las prácticas de Educación Superior, y más ampliamente de las sociedades contemporáneas.

Puedo asegurar que no es sencillo, pero hasta ahora hemos venido avanzando con éxito. Poco a poco vamos sumando apoyos y aliados. Este reconocimiento que, a través de mi persona, LASA y Oxfam-América nos otorgan, también contribuirá a que sigamos avanzando. Por esto, mi sincero agradecimiento a LASA y a Oxfam-América. También mi agradecimiento a las y los miembros del Jurado, que estoy seguro no evaluaron simplemente méritos en una trayectoria individual, sino la oportunidad de distinguir y dar mayor visibilidad a un proyecto colectivo que han reconocido como valioso. ¡Muchas gracias!

Notas

Este texto es una versión ligeramente editada de la conferencia que ofrecí el 30-04-2016 en el acto de reconocimiento del Martin Diskin Memorial Lectureship Award, en el marco del XXXV Congreso de la Latin American Studies Association, celebrado en Lima. Deseo expresar mi agradecimiento a Alejandro Maldonado Fermín, Alta Hooker Blandford, Álvaro Guaymás, Any Ocoró Loango, Daniel Loncón, Jesús “Chucho” García, Libio Palechor Arévalo, María Eugenia Choque Quispe, Maribel Mora Curriao, Mirta Millán, Néstor García Canclini, Pablo Jacovkis, Enrique ReyTorres, Rita Gomes Potyguara, Victoria Sánchez Antelo, Rosaura Valera, Pablo Vila y George Yúdice, por sus comentarios a versiones anteriores de este texto. Desde luego, soy el único responsable de lo acá expresado.

¹ Ver Daniel Mato, Alejandro Maldonado-Fermín y Enrique Rey-Torres, *Interculturalidad y comunicación intercultural: Propuesta teórica y estudio de experiencias de participación social en la gestión de servicios públicos en una comunidad popular de la ciudad de Caracas* (Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, 2011).

² “Meditaciones sobre la duración del exilio”
(Bertolt Brecht, 1944)

1-

No pongas ningún clavo en la pared,
tira sobre una silla tu chaqueta.
¿Vale la pena preocuparse para cuatro días?
Mañana volverás.

No te molestes en regar el arbolillo.
¿Para qué vas a plantar otro árbol?
Antes de que llegue a la altura de un escalón
alegre partirás de aquí.

Cálate el gorro si te cruzas con la gente.
¿Para qué hojear una gramática extranjera?
La noticia que te llame a tu casa
vendrá en idioma conocido.

Del mismo modo que la cal cae de las vigas
(no te esfuerces por impedirlo),
caerá también la alambrada de la violencia
contra la justicia.

2-

Mira ese clavo que pusiste en la pared
¿Cuándo crees que volverás?
Día a día
trabajas por la liberación
escribes sentado en tu cuarto.
¿Quieres saber lo que piensas de tu trabajo?
Mira el pequeño castaño en el rincón del patio
al que un día llevaste una jarra de agua.

³ Ver Daniel Mato, “Prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder: Sobre la entrada en escena de la idea de “Estudios Culturales Latinoamericanos” en un campo de prácticas más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido”, *Revista Iberoamericana* (U. of Pittsburgh), núm. 203 (2003): 389–400.

⁴ Ver Daniel Mato, “Indigenous Peoples and Higher Education”, en *International Encyclopedia of Anthropology*, editado por Hilary Callan (Chichester: Wiley-Blackwell, en prensa).

⁵ Para información sobre el “Proyecto Diversidad Cultural e Interculturalidad en Educación Superior en América Latina” del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (UNESCO-IESALC) y bajar los libros publicados: http://www.iesalc.unesco.org.ve/index.php?option=com_content&view=article&cid=22&Itemid=405&lang=es/.

⁶ Para información sobre la Conferencia Regional de Educación Superior (CRES) realizada en 2008, ver <http://www.oei.es/historico/salactsi/cres.htm>.

⁷ Para información sobre el “Programa Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina” de la Universidad Nacional de Tres de Febrero y bajar los libros publicados: <http://untref.edu.ar/sitios/ciea/programa-y-proyecto/programa-educacion-superior-y-pueblos-indigenas-y-afrodescendientes-en-america-latina-esial/>

⁸ Para información sobre la Red Interuniversitaria Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina (Red ESIAL) ver <http://untref.edu.ar/sitios/ciea/red-esial/>

⁹ Para una elaboración más acabada ver Daniel Mato, “Educación superior y pueblos indígenas en América Latina: Del ‘Diálogo de Saberes’ a la construcción de modalidades sostenibles de ‘Colaboración Intercultural’”, *Tramas/Maepova* (Universidad Nacional de Salta) 4, núm. 2 (2016): 71–94. ■